



LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA Á S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

Directora propietaria, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Suscripción en favor de la Sra. D.^a María Josefa Zapata.—
El pordiosero del lugar.—A Laura; poesía.—Magdale-
na.—Salones.—Revista de teatros.—Explicación del
figurín para las suscriptoras á la edición completa.

SUSCRICION

en favor de la Sra. D.^a María Josefa Zapata.

Suma anterior.	605
D. ^a Antonia Diaz de Lamarque.	30
Isabel Salom.	10
Ana Puig Perez.	16
Vicenta Rivera.	10
Dolores Leon de Plaza.	10
Adela L. Talaya de Sañuedo.	20
Luisa Gutierrez de Rodriguez.	10
D. José de Espona y Barnola.	4
D. ^a Dolores Piedrahita, viuda de Gomez	
Matute.	20
Suma.	735

(Se continuará.)

EL PORDIOSERO DEL LUGAR.

(Conclusion.)

Porque el *Pobre del Lugar* era ya un rico propietario, con un alma de cera y un corazón de manteca.

¡En un instante veía él una lástima sin socorrerla!

¡Quién había de decir que aquel hombre medio desnudo y próximo á helarse, era hoy un señorón que daba respeto verle!

¡Y vaya si estaba buen mozo! No, ninguna muchacha desdeñaba aquel viudo cargado de hijos: bien es verdad que todos se habían casado con personas ricas como ellos, y solo quedaba á su padre el que se había criado á sorbos ó traguitos de la caridad.

¡Y cómo había hecho tanta suerte aquel hombre? ¡Se ven unas cosas!.. ¡Caramba y qué cosas! Pues es muy sencillo, sin embargo.

Con la reacción que tuvo cuando estuvo próximo á helarse, hizo Dios el milagro de

que moviese su brazo derecho; así es, que apenas mejoró el tiempo, se fué á las tierras vecinas á buscar algún trabajo, dejando á la tía María el cuidado de sus hijos.

El pobre anduvo dando calabacinazos, como se suele decir, hasta que un corredor de minas que andaba por las de Baza, se lo llevó á trabajar en ellas, donde estuvo dos años, pasando la rueda de las navajas; pero andando por aquellos sitios encontró un terreno, donde la Providencia habia puesto los granos de metal á cargas. Le denunció, unido á personas cuya capa era mejor que la suya, pues de otro modo se la hubieran soplado á lo mejor... y cate usted que empiezan á descubrirse unos filones ¡vaya unos filones! de esos que hacian falta á todas las muchachas virtuosas, para que los hombres reconociesen su virtud y las quisieran bien.

A fuerza de pico y trabajo, se fueron arrancando á la tierra sus riquezas, que tenía afianzadas, como una madre á su hijo, y se trajo un químico para que hiciera pruebas. Los vasitos calcinados salian llenos de plata, que cada gota parecía una perla preciosa.

De un solo horno que habia en un recodo de la sierra para hacer experimentos, se fué levantando una fábrica, donde vinieron á parar dos ingenieros ingleses, que haciéndose partes en el negocio, ofrecieron garantías casi fabulosas por cierto.

Pero habian dicho poco para lo que luego fué: de manera, que el *pobre del Lugar*, como amo de esta fortuna, se hizo un señor poderoso, que no conociera el lector, á no habérselo yo dicho.

¡A bien que no estaba considerado en el pueblo!

Sus compañeros de fortuna le ponian por las nubes, pues á él se la debian, y todos los richones le quitaban el sombrero.

—Tanto tienes, tanto vales,—decía la tía María en su costumbre de decir refranes, cuando le veía en la plaza en corrillos con la gente gorda.

Hoy sí que iba elegante y buen mozo el *pobre del Lugar*, vestido de negro, como si llevase luto.

Todos los hombres se le iban reuniendo y

marchaban hácia la iglesia; porque las sonoras campanas, anunciaban la agonía de un cristiano.

Contritos y fieles iban á llevarle los vecinos el último consuelo de la iglesia, acompañando al señor cura que ostentaba en ambas manos ese manjar delicioso que nos acerca á la gloria.

¿Para quién salía el Señor de su casa? ¿Por qué se reunian las mujeres en las calles del pueblo?

¿Por qué hablaban en secreto, y hacian mil contorsiones y mil gestos misteriosos?

¡Poder Supremo, qué grande eres!.. El hombre opulento, el azote del pueblo, el tirano de los pobres, el insaciable avaro, el duro egoísta, iba á aparecer ante la justicia divina, despues de expiar horriblemente sus culpas en la tierra.

Ya no era aquel D. Damian, macizo de robustez y falto de espiritualismo.

Era una pálida sombra consumida por la fiebre.

Seis años de sufrimientos horribles le habian disecado, encanecido y desfigurado de una manera espantosa.

Todo ese trascurso de tiempo hacía, que con medio cuerpo muerto, tenía que sufrir los agudos dolores del otro medio, donde la parte de vida que habia perdido aquel, habia venido á martirizar el otro con agudos sacudimientos y punzadas dolorosas.

Probándole así Dios, como él habia dicho al pobre, que cuando un brazo muere, con el otro se puede trabajar, si no es un vago, un haragan, el que ha perdido la accion.

¡Damian! ¡Damian! oía gritar el enfermo á su cabecera, durante seis años; ¡has sido un cruel! ¡un tirano! ¡arrepíentete de tus culpas, insensato!

Y como anduviese un poco rebelde se fué amansando, pues un dia venía la noticia de que la oruga se comia los arbustos, de que la langosta talaba sus campos, y de que un incendio devoraba su casa, y envolvía en sus escombros el tesoro tanto tiempo escondido.

Y gracias que le pudieron salvar á él, pero el *Pobre del Lugar*, aunque vestido ya de señor, se arrojó entre las llamas, y aunque tuvo que abrasarse el rostro y sufrir en un

hombro el desplome de una viga, sacó entre sus robustos brazos al infeliz paralítico.

Después todas las tardes y las noches las pasaba á la cabecera de su cama dándole medicinas y consuelos.

Para separarse de allí algunos instantes venía la tía María á ocupar su lugar, y si nó, la robusta Frasquita ó alguna otra de las que en otro tiempo arrojó de su casa, creyendo buenamente que para nada servían.

¡Ya se vé! ¿Quién había de pensar las vueltas que el mundo antojadizo suele dar en un instante?

¿A quién se le ocurre pensar en enfermedades estando robusto, ni en pobreza, hallándose rico y considerado?

—¿Cómo he de ser yo pobre, aunque Dios se empeñe en ello?—había dicho un día D. Damian á la vista de sus tesoros. Esta blasfemia hizo estremecer la casa y huyeron despavoridas hasta las aves que anidaban en las tejas.

Los criados huyeron otro día, robando á su amo, y si no se vió del todo pobre de intereses D. Damian, se vió de socorros, y tuvo que tomarlos de las manos del pobre, á quien arrojó de su casa en medio del hielo y del huracán.

Sin embargo, aquel infeliz es el que ahora le sostiene la cabeza, mientras el sacerdote imprime en su frente el agua bendita y hace el signo de la cruz y murmura una oración.

A los piés del lecho mortuario llora una aflijida anciana.

¡Oh! ¡qué buena es la tía María!

Agrupadas en la puerta lloran también otras mujeres. ¿Y para qué nacieron ellas sino para llorar por los desgraciados?

Algunos muchachos asoman la cabeza con curiosidad y fijan sus espantados ojos en el moribundo.

Los labios de los niños se contraen y se mueven con uniformidad: están rezando por el que les llamó un día langosta del país.

Pero no se contentan con eso. A otro día le acompañan al cementerio y van á oír las misas que se celebran por su alma.

Cuando nombran á D. Damian, ninguno se atreve á ofenderle.

Las madres que en vida del avaro solían referirles sus malos hechos, viéndole muerto,

solo saben decir oraciones para su tranquilidad eterna.

Si por casualidad se deslizaba alguna con frase ú ofensa de un resentimiento no apagado aún, la tía María salía al frente diciendo:—Lo que fué y no es, como si no hubiera sido. Cada uno su alma en su palma y... silencio y no más murmurar del prójimo, que aquí se acerca el que jamás permite se ofenda á nadie, el padre de los pobres, el hombre generoso y bueno y honrado, el ser más virtuoso y caritativo del mundo: en fin, el pobre del lugar.

¡Dios le bendiga, como bien hace por los aflijidos!

ROGELIA LEON.

A LAURA.

Huyamos de las prisiones
En que vierto amargo lloro,
Y allá, en lejanas regiones,
Amame, que yo te adoro...
(.....)

Si se llama amor la vida;
Si es amor una ilusión,
Que espaciando el corazón
Hace de un bien su tesoro;
Si es ilusión de ilusiones;
Si es, Laura, dulce consuelo,
Ya que me muestras el cielo,
Amame, que yo te adoro.

Si es amor esa esperanza
Que fluctúa en la memoria,
Cuyo logro está en la gloria
Escrito con letras de oro;
Si es un sufrir entre goces
Y un gozar entre dolores,
Pues que sentí sus rigores,
Amame, que yo te adoro.

Si es amor la luz divina
Que nos encamina al bien,
Y su asiento es un eden
Que ¡ay, Laura! de tí yo imploro;
Si amor sublima lo grande;
Si es las bellas ilusiones
Que emanan dos corazones...
Amame, que yo te adoro.

Si amor es chispa celeste
Que vierte mano divina;
Si es la fuente cristalina
Que derrama santo lloro;
Si es amor dulce sustento
Del alma que, casi muerta,
Te alarga su mano yerta...
Ámame, que yo te adoro.

—
Ámame, sí, Laura mía,
Con amor tan puro y santo,
Que los ángeles, su canto,
Entonen en dulce coro;
Ámame, como las flores
A las gotas de rocío;
Ámame, Laura, amor mío,
Ámame, que yo te adoro.

ANTONIO GUIJOSA Y GOMEZ.

Madrid, 20 julio 1865.

MAGDALENA.

(Continuacion.)

Juzgó debería ser pronto octogenaria, según las profundas arrugas que surcaban su rostro en todas direcciones; la edad había inclinado su elevada talla sin comunicarle esa gruesura que forma la belleza de la vejez; de suerte que tan flaca, casi plegada por enmedio y sus ojos grises sin mirada, ofrecía una imagen bastante triste de la especie humana en la decrepitud.

—Sentaos, caballero,—dijo la anciana,—os lo suplico.

Julian obedeció, atónito de hallarse en semejante lugar, tan solitario y tan en calma que le trasportaba á la entrada del castillo de la *Bella del bosque durmiente*, en donde crecían las plantas venenosas y parásitas durante el sueño de la princesa centenaria.

—Dios os bendiga, caballero,—replicó la ciega,—por el placer que me ocasiona vuestra presencia, aun cuando no pueda veros. Amo la sociedad de mis semejantes y he sufrido mucho al verlos huir de mí. En fin, ya me he acostumbrado, al cabo de cuarenta años que sucede esto, porque escepto una huerfanita que yo he educado y que no cuenta ya menos de medio siglo, nadie me habla jamás. Pero de algun

tiempo á esta parte soy dichosa. Hará cosa de un mes que una criatura celestial viene á verme casi todos los días, y hé aquí que la Providencia os envía para reemplazarla.

El conde solo comprendía de esta esplicacion que su presencia complacía á la ciega, cuyo traje, así como su morada, conservaba vestigios de antiguo esplendor.

—Puesto que os gusta la compañía, señora,—la dijo,—volveré á visitaros durante mi permanencia en este país, aunque solo fuese por gratitud á vuestro buen recibimiento.

—¡Oh! gracias, gracias,—replicó ella,—pero no habéis á nadie de mí porque os impedirían cumplir vuestra promesa; os lo repito, me llaman la maldita y pretenden que yo y aun los que se me acercan llevan consigo la fatalidad, dado caso que no mueran al cabo de un año.

—Nada diré,—contestó el conde seriamente, porque sabía muy bien cuán estúpida é inhumana es la supersticion.

Sin preguntar á la pobre ciega por qué los naturales del país veían en ella un objeto de tan gran terror, comprendió no debía despreciar su consejo si quería escuchar libremente el impulso de su corazón, que le inspiraba interés hácia esta infortunada.

—¡Bueno como ella!—esclamó juntando las manos.

Julian acabó por tener deseo de conocer á aquella cuyo recuerdo se ofrecía sin cesar á la memoria de la anciana.

—¿Querriais decirme de quién hablais?—la preguntó.

—De una persona á quien supongo jóven y hermosa, porque su voz es dulce y fresca. Ya os he dicho que solo hace un mes que la conozco; se presentó aquí una mañana poco más ó menos como vos, pues se había extraviado en el bosque. La referí tambien mis pesares expresándola el dolor que me ocasiona la soledad, mucho más cuando privada de la vista no puedo procurarme ninguna distraccion. Como vos tambien se compadeció de mí y me prometió volver. Cumplió su promesa y volvió trayéndome algunos recuerdos, como dulces y frutas, que me parecen deliciosos porque provienen de ella.

Esta relacion conmovió á Julian de una manera incomprensible.

—¿Y os ha dado esa persona las señas de su morada?

—Ciertamente, en las cercanías de Nesles, —respondió la ciega.

—¿Y sabéis su nombre?—continuó el conde cada vez más conmovido.

—Sí: Magdalena.

El jóven contuvo una exclamacion de sorpresa y alegría.

Esta persona de dulce y fresco timbre, que permanecía un mes hacía en aquel país; esta persona que tenia suficiente tiempo para visitar tan á menudo á la anciana abandonada, sin preocuparse de los supersticiosos temores que inspiraba; esta persona, en fin, que se llamaba Magdalena, no podia ser otra que mademoiselle Mercier.

De manera que mientras la creian exclusivamente ocupada de su toilette, venia á consolar la desgracia, llenando cotidianamente un deber de caridad. Y lo que confirmaba aun más á Julian en su idea de atribuir á Mlle. Mercier este acto benéfico era el saber estaba indisputada aquella mañana, pues no habia comparecido á la hora de almorzar, y precisamente se quejaba la ciega de no haber recibido su visita.

Absorto en estas reflexiones no percibió la llegada de una persona que acababa de reunirse á ellos.

—¿Sois vos, Luisa?—esclamó la anciana, cuyo oido conservaba una extrema delicadeza.

—Sí, Mme. Poliuti,—contestó Luisa, que era á la vez amiga y criada de la ciega. Julian volvió de su éxtasis y rogó á Luisa le indicase el camino, despidiéndose de Mme. Poliuti y prometiendo volver próximamente.

Con todo, Mlle. Mercier que solo habia tenido una ligera indisposicion, se encontraba perfectamente repuesta al otro dia.

A la hora en que los huéspedes de madame Louvet acostumbraban recobrar su libertad, Julian no pudo contener su impaciencia y volvió á casa de la ciega. Al atravesar la carcomida verja del jardin vió desaparecer con presteza una forma elegante por una de las avenidas.

—¡Ah! sois vos, caballero; ¡cuán bueno sois!

—le dijo Mme. Poliuti.—Sin embargo, habeis obligado á huir á Magdalena algo más pronto de lo que acostumbra. La idea de hallarse con un desconocido la ha sobresaltado, porque la he hablado de vos. Así, sed doblemente amable en adelante, y retardad una hora vuestra visita. De este modo vuestra presencia no podrá contrariar á Magdalena, y yo obtendré la ventaja de tener compañía por más tiempo.

El conde se conformó con este deseo, y durante una semana volvió á casa de la anciana sin cuidarse de ver á Magdalena. Por otra parte, le complacía este misterio; la ciega le hablaba constantemente de aquella á quien llamaba su amiga, y seguramente no escaseaba sus elogios, aprendiendo así Julian á estimar á Mlle. Mercier.

—¡Estraña criatura!—pensaba él,—que á los ojos del mundo ostenta vanidad y malicia, mientras se oculta para ser buena.

Julian habló una vez de la maldita delante de la sociedad reunida del castillo, y se dirigió á Magdalena preguntándola si sabia por qué habrian puesto este triste apodo á aquella pobre mujer, á lo que contestó la jóven sencillamente que no lo sabia; mas Julian se imaginó que al dar esta respuesta se habia sonrojado ligeramente. Como no entraba en sus proyectos confesar aún á Magdalena era él el visitante de quien huia, no continuó la conversacion.

Sin embargo, Mme. Louvet que la habia oido, se puso á referir lo que se decia en el pais acerca de la ciega.

(Se continuará.)

JOAQUINA DE CARNICERO.

SALONES.

La época de las reuniones de gran tono se ha inaugurado brillantemente en la presente temporada, empezando por un magnífico baile en la embajada rusa y continuando por una amenísima funcion lírico-dramática en el Liceo Piquer. La primera tuvo lugar el domingo último, concurriendo á ella las señoras más distinguidas de nuestra aristocrácia, que á porfía

se esmeraron en presentarse á cual más bellas y á cual más elegantes.

El sexo feo estuvo tambien dignamente representado, concurriendo muchas de nuestras notabilidades en política, en el foro y en la literatura.

El ministro de Rusia y su simpática señora estuvieron amabilísimos, haciendo los honores de la casa con la más esquisita cortesanía, y conquistándose por su finura y cordialidad muchos amigos y muchas simpatías entre la numerosa concurrencia que se retiró con pena de tan aristocráticos salones.

La fiesta concluyó muy tarde, despues de obsequiar los príncipes Volkouski á sus convidados con un delicado *buffet*, abierto desde el principio del sarao, y una espléndida cena que se sirvió á la una de la madrugada.

El Liceo Piquer inauguró el mártes sus sesiones ante una concurrencia numerosa y sumamente distinguida, reuniéndose en este encantado recinto todas nuestras eminencias artísticas y literarias.

La seccion dramática puso en escena las piezas tituladas *A la zorra candilazo* y *Como marido y como amante*, que fueron desempeñadas con mucha inteligencia por las señoras doña Eloisa Guillelmi, doña Luisa Lopez, y por los Sres. Ramos, Marquez y Asiain, mereciendo muchos y espontáneos aplausos por la gracia y maestría con que desempeñaron sus respectivos papeles.

En los intermedios amenizaron la funcion de una manera agradabilísima las secciones de música y literatura. Leyereron bellísimas poesías las conocidas poetisas Sra. Sinués de Marco, la simpática señorita de Balmaseda, y los señores Picon, Marco, Palacio y Santisteban, siendo todos muy aplaudidos por la galante concurrencia, que escuchó con sumo interés las ingeniosas composiciones leídas por sus autores con entonacion y valentía.

En la seccion lírica hizo las delicias de la concurrencia la graciosa y simpática señorita doña Matilde San Martin, que causó un vivo entusiasmo, siendo aplaudida con frenesí en las bellísimas canciones que cantó con una inteligencia y maestría inmejorables. Algunas tuvo que repetir las hasta cinco veces, lo que

hizo con la mayor amabilidad y complacencia.

La señorita doña Emilia Marin, tambien cantó con mucha gracia, siendo justamente aplaudida. Las acompañaron con la maestría acostumbrada los distinguidos profesores don José Reventós y D. Lázaro Puig.

La brillante concurrencia se retiró del precioso coliseo muy satisfecha, felicitando á los señores de Piquer por el agradable rato que acababan de proporcionarles, y elogiando mucho ese sello de galantería y de buen tono que han sabido imprimir en tan amenas reuniones.

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

REVISTA DE TEATROS.

Album de LA VIOLETA.

El sueño del malvado, drama en tres actos y en prosa arreglado del francés.—Estrenos en el coliseo de Jovellanos.—La Patti en *Lucía* y en el *Barbero de Sevilla*.

En el coliseo del Circo ha tenido lugar el estreno de un drama en tres actos titulado *El sueño del malvado*. Es un arreglo del francés segun se anuncia en los carteles; pero su importancia nos impone el deber de considerarle con algun detenimiento.

Esta obra se ha preparado convenientemente para exhibir en ella un fenómeno óptico, que hemos admirado ya en el coliseo del Príncipe, y que produce á simple vista la más completa ilusion.

Consiste este fenómeno en la reproduccion de imágenes por medio de un espejo inclinado, que trasmite la vision al espectador con una claridad espectral. Es un fenómeno de luz de muy buen efecto y de sencillísima preparacion. Está basado en las leyes de la refraccion y ensancha desde luego la teoría del lumínico, merced al génio que le ha descubierto; pero si la ciencia le es deudora de esta nueva conquista en la esfera del saber humano, el teatro no le será deudor de grandes beneficios.

En efecto, á la aplicacion de este fenómeno tienen que asociarse naturalmente espectáculos terríficos, melodramas chorreando sangre, tra-

gedias horripilantes, en que lo fúnebre y lo siniestro alternen con lo feroz, en que las tumbas alternen con los patíbulos, ó con los delitos alevosos. Esto habia desaparecido ya de la escena: casi no se escuchaba; casi no se veía, y creemos que habia para ello razones dotadas de superior sublimidad.

El renacimiento de esta escuela sería, propiamente hablando, una fatalidad para el teatro.

A este género de forma pertenece, por desgracia, el melodrama último, estrenado en el coliseo del Circo, para hacer aplicacion del fenómeno de luz de que hemos hecho mencion.

Es una obra terrorosa; pero en honor de la verdad, debemos consignar aquí, que su trazado es de mano maestra, que está escrita con una diction inmejorable, que tiene un mérito nada comun, y que honra sobremanera á su arreglador. Pudiera decirse de esta obra con notable propiedad, que es un mónstruo con formas de oro.

En ella no se notan una sola inesperienza, una sola vacilacion, un detalle de mal gusto, una pincelada de brocha gorda. Es una obra bien sentida y bien meditada.

A cada paso presenta rasgos delicados de ingenio, situaciones dramáticas de creciente interés, entonacion y valentia, resplandores de bondad y contrastes vigorosos.

El arreglador de esta obra revela ser un consumado autor, y es muy posible que al lado de su trabajo, sea muy inferior el del original francés.

Sin embargo, nos vamos á permitir una ligera observacion, que no destruye en lo más mínimo nuestras anteriores aserciones; pero que en el campo de la crítica debe ser permitida, por la intencion que la sirve de base.

El asunto de este melodrama es bastante pequeño. Se le ha estirado á viva fuerza, y de ahí la violencia de algunas de sus situaciones, que se arrastran penosamente.

Y no es esto solo: contiene una falta de poca trascendencia para la apreciacion del conjunto. El principal carácter no está bien delineado; resulta débil, no tiene suficiente colorido. Esta falta es tanto más imperdonable, cuanto que no hay un solo personaje en la obra

que no sea un carácter bien acabado, si se exceptúa el del asesino.

En efecto; este tipo carece de la preparacion conveniente: cuando sale de su cueva y toma el puñal para matar siente el espectador una impresion de asombro, porque apenas conoce la perversidad de aquel ente siniestro. Hasta el segundo acto es un tipo vago, insignificante raquítico; despues toma más talla.

Además, el resorte que pone en movimiento á esta aviesa figura es trivial. Mata por celos, siendo no más que un criado vulgar, sórdido, grosero. Ama á la hija de su amo, que es toda pureza, toda candor, toda sublimidad; la ama con una de esas pasiones que conducen á la perpetracion de los más bárbaros delitos, y es una figura desaliñada, abyecta, sin inteligencia y sin corazon. Esto no está en la naturaleza.

Derramar sangre por esta niñería, es un imposible en la esfera de la pasion. Los espectáculos de sangre se conciben mejor asociados á la avaricia sórdida, al hambre del oro, que es la más horrible deformidad humana, la que engendra verdaderos mónstruos.

De aquí la flagrante inverosimilitud de esta obra que se multiplica constantemente en otros detalles, y que se completa cuando aparece el herido en el segundo acto, despues de haber caído mortal en el primero.

Aparte de estas faltas, *El sueño del malvado* es la mejor obra que se ha exhibido en la presente temporada. Es la obra de un verdadero autor; de un autor que conoce bien el corazon humano, que sabe sentir grandemente, que posee una esperiencia superior á todo elogio, y un talento que se eleva sobre la turba insipiente de nuestros dramaturgos de gárrula.

La ejecucion es muy desigual. Arjona y Teodora interpretan la obra con su acostumbrada maestría. La Hija con suma gracia; no admite rival: es una actriz de primer orden en su género. El Sr. Ossorio y el gracioso Sr. Miguel, cada vez más en descenso, cada vez peor: no se puede tomar en serio la celebridad que se ha pretendido conceder á estos dos actores: son dos nulidades brillantísimas.

El fenómeno espectral, que se exhibe en el acto tercero de la obra, es de muy buen efecto.

Pasemos al coliseo de Oriente.

Hemos tenido el placer de admirar á la Patti en *Lucia de Lammermoor* y en *El Barbero de Sevilla*, dos de las mejores partituras de Donizetti y Rossini.

En estas óperas, como en *Sonnámbula*, ha rayado la Patti en lo sublime: no podemos espresarnos de otro modo.

Es lamentable que la empresa de aquel coliseo no haya puesto al lado de la Patti artistas de más reputacion, á fin de que no fracasáran las obras de la manera que está sucediendo.

Lucia tuvo un éxito desastroso: la parte del bajo sufrió un espantoso martirio, y la ejecucion en general fué débil. Solo la Patti se sostuvo á la altura de su buen nombre.

En la cavatina del acto primero cantó con suavidad y pasion, en el terceto del acto segundo estuvo inimitable, y en el ária de locura del acto tercero se escedió á sí misma: no era mujer, era una musa. El público aplaudió con el frenesí de siempre.

Pero donde el entusiasmo ha rayado en delirio, donde el público ha manifestado una simpatía ardiente por esta célebre primadonna, ha sido en la partitura de Rossini, en *El Barbero de Sevilla*.

Si en *Lucia* era una musa, un bello ideal poseído de sentimiento y de ternura, una *creatura bella vestita di bianco*, como la hubiera llamado Dante, en la parte de Rossina caracterizó con gracia y donaire uno de nuestros más hermosos tipos meridionales, el tipo de una jóven alegre, inquieta, bulliciosa y enamorada: tipo que solo se encuentra en ese eliseo de la nacion española, que se llama la Andalucía, y que parece atesorar con rara magnificencia todos los encantos de la locura, de la alegría y de la música.

Mario compartió con ella los honores del triunfo.—La última noche que se ejecutó esta partitura, cantó, además de una pieza alemana de muy buen gusto y de difícil ejecucion titulada *El Eco*, otra cancion española del maestro Iradier, que mereció grandes aplausos.

Esperamos oirla pronto en la ópera *Martha*, del maestro Flotow, y seguiremos dando cuenta á nuestros favorecedores de los triunfos de tan encantadora eminencia filarmónica.

En el coliseo de Jovellanos se han estrenado dos zarzuelas, una en lengua bilingüe, titulada *Dos pichones del Turia*, original del señor Liern, y otra que lleva por título *Matar ó morir*.

De estas dos obras, y de *La vuelta del Corsario*, zarzuela en un acto, de cuyo éxito dimos cuenta en la pasada Revista, nos ocuparemos en la semana próxima, dejando de hacerlo hoy por falta de espacio. Tambien nos ocuparemos del coliseo de Novedades.

LEANDRO ANGEL HERBERO.

ESPLICACION DEL FIGURIN.

(Para las suscriptoras á la edicion completa.)

Primera figura.—Vestido de tafetan blanco listado de negro, y salpicado de motitas. Guarnece el bajo de la falda un volante negro fruncido, con un ruche picado en lo alto, que alterna entre blanco y negro. Unas quillas de 70 centímetros de altura van puestas á cada lado, compónense de volantes blancos y negros, alternando blanco con negro y encuadrando en el mismo ruche, que sube desde el bajo. Cuerpo alto, de talle redondo, con cintura *Marie Antoinette*, rodeada con ruches estrechos semejantes al adorno del vestido. Mangas semi-ajustadas, guarnecidas en el mismo género. Cuello y mangas interiores de punto de Alençon. Gorra de blonda blanca, flores malva, y cinta maiz.

Segunda figura.—Vestido de popelina color grana, falda lisa, cuerpo alto formando chaleco, con una banda de bolitas negras. Esta misma banda dibuja sobre el cuerpo un veste española, mangas de codo, con vuelta en el puño, guarnecidas en igual género. Cuello y mangas interiores bordadas. Sombrero de terciopelo blanco, con plumas blancas.

Por todo lo no firmado,

La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario.—VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1863.—Imprenta de MANUEL DE ROJAS, Pretil de los Consejos, 3, principal.